

## EL SATÍRICO VILLERGAS Y SUS ANDANZAS HISPANOAMERICANAS

Las relaciones más o menos fraternales de hispanoamericanos y peninsulares, a partir de la Independencia, aparecen como tema de primera importancia. Conviene volver a la historia, las ideas y la literatura del período que Henríquez Ureña llama de la emancipación intelectual.<sup>1</sup> Las observaciones que al respecto hace el maestro dominicano, como otras muchas suyas, merecen más amplio desarrollo, tanto desde el punto de vista americano como desde la óptica de la antigua metrópoli. El estudio monográfico de algunos casos particulares puede resultar instructivo, aun tratándose de personajes de mediana talla, hoy bastante olvidados, aunque famosos en sus días. Aquí reseñaremos las andanzas americanas de un curioso personaje del XIX español, don Juan Martínez Villergas, poeta satírico, periodista y crítico. Su vida (1817-1894) transcurre desde los albores del Romanticismo hasta poco antes de los sucesos del 98. Puede representar de manera cabal a aquellos literatos, periodistas y politiqueros del siglo pasado cuyas vidas oscilaron entre los altos cargos, la pobreza, la cárcel y el destierro. Fue un típico hombre de su época, español a machamartillo, apasionado al extremo, famoso en sus días, incomprensivo con los hispanoamericanos, pese a los muchos años que pasó en varios países del Nuevo Mundo. Sus ataques a Sarmiento y a Juan María Gutiérrez bastan para advertirlo, y su amistad con Ricardo Palma, hombre sociable y bonachón, no alcanza a probar lo contrario. Al cabo, buena parte de su vida se dedicó a la defensa de los intereses españoles en Cuba.

No será ocioso situar a tan característico personaje dentro de los acontecimientos que revolucionaron las letras es-

<sup>1</sup> *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Trad. esp. de J. Díez-Canedo, México, 1964.

pañolas, durante su infancia. Para Henríquez Ureña y otros historiadores de la literatura hispanoamericana, la independencia literaria empieza con el primer tercio del siglo XIX, es decir a la llegada del Romanticismo; éste se desarrolló paralelamente en la Península y en las nuevas repúblicas, si nos atenemos a la fecha en que aparecieron la *Elvira* del argentino Esteban de Echeverría (1832) y *El moro expósito* del Duque de Rivas (1833-34). Los estudios de Vicente Lloréns han modificado la cronología tradicional, y las raíces comunes del romanticismo hispánico han de buscarse ahora en el Londres de los años 1824 a 1828.<sup>2</sup> Allí alternaron españoles exilados con patriotas americanos, muchos de los cuales representaban a sus respectivos países. La Ilustración y el neoclasicismo compartían el favor general con el liberalismo y el romanticismo. Baste recordar allí a Blanco White, Mora, Alcalá Galiano y Salvá, entre los peninsulares, o bien al venezolano Bello, al ecuatoriano Vicente Rocafuerte, al colombiano Fernández de Madrid y al chileno Mariano Egaña. Importante punto de contacto fue la colaboración en periódicos y revistas, como el *Repertorio Americano*, y el trabajar para editores como Rudolph Ackerman, de Londres, quien proveía los mercados americanos de variadas obras en castellano.

Con el correr del tiempo, estas literaturas, la peninsular y las de América, tomaron derroteros propios, aunque sin perder ciertas características comunes. No será infrecuente durante el siglo XIX el caso de escritores de lengua española que realicen su carrera a ambos lados del océano; por ejemplo, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, el dramaturgo mexicano Gorostiza, el bonaerense Ventura de la Vega, o los venezolanos Baralt, Ros de Olano y García de Quevedo. Entre los peninsulares, veremos al liberal José Joaquín de Mora en la Argentina, Chile y el Perú;<sup>3</sup> al montañés Fernando Velarde en varias repúblicas americanas; a Juan Bautista Arriaza y a Zorrilla en México. Curiosamen-

<sup>2</sup> VICENTE LLORÉNS, *Liberales y románticos*, Madrid, 1968.

<sup>3</sup> LUIS MONGUIÓ, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ocho-cientos*, Madrid, 1967.

te, aun así no podrá hablarse de un entendimiento de la literatura ultramarina por parte de los españoles hasta muy adelante, cuando don Juan Valera, clarividente siempre, fue revelando a sus compatriotas los valores hispanoamericanos, hasta entonces mal conocidos. En su casa madrileña, según cuenta Ricardo Palma,<sup>4</sup> solían reunirse literatos de procedencia y gustos tan diversos como Menéndez Pelayo, Núñez de Arce, el anciano Miguel de los Santos Alvarez —reliquia romántica—, el uruguayo Zorrilla San Martín y Rubén Darío. Estos contactos y la tarea llevada a cabo por periódicos y revistas como *La América*, de tan larga vida (Madrid, 1857-1870), contribuyeron a un mayor acercamiento. Las conocidas *Cartas americanas* de Valera (Madrid, 1889) pueden aquí marcar un hito. Y así, paulatinamente, maduró una relación que culminó con Rubén Darío, quien hizo del Modernismo una escuela sin fronteras en ambos mundos. Pero el entusiasmo del poeta Villaespesa por los tomos de poemas que llegaban de América no coincidía con la corriente peninsular general a mediados del XIX.

\* \* \*

Natural de Gomeznarro, provincia de Valladolid, tuvo Martínez Villergas humilde origen, y hubo de abrirse camino con paciencia, versos e ingenio; pronto despuntaron su agudeza de invención y una agresividad no común. Interesante personalidad la suya, con facetas tan contradictorias que sorprenden a veces con lo inesperado. Periodista de fama, escritor de costumbres, felicísimo poeta festivo, autor teatral mediocre, novelista a la manera de Eugenio Sué e interesante crítico literario; viajero infatigable, diplomático por un tiempo, político que llegó a las Cortes, patriota republicano, hombre de acción y de recursos y, sobre todo, apasionado de polémicas y sátiras. A estos afanes dedicó la vida, en ellos consumió buena parte de su talento y por ellos sufrió disgustos, prisión, persecuciones y exilios. Murió oscuramente sin haber logrado hacer carrera política, repudiado por sus antiguos compañeros de partido.

<sup>4</sup> RICARDO PALMA, *Recuerdos de España*, Buenos Aires, 1897, p. 144.

Al parecer fue fundamentalmente persona honesta: su intransigencia, tan antipática como ejemplar, le llevó a renunciar a puestos ventajosos. Lo movían anhelos de fama literaria y gloria política, soñaba coronas de laurel y altos destinos. Sin medios de fortuna pero con grandes ambiciones, perseveró en el camino de las letras en época tan propicia al medro, que muchos españoles con menos méritos que él alcanzaron los primeros puestos en la administración del estado. Su patriotismo era sincero, y auténtico su ideal revolucionario, aunque al cabo de los años cambió de partido, pues los republicanos defendían la autonomía cubana. Cambio donde no hubo veleidad, sino el anteponer intereses de la patria a los de partido.

Un breve examen de cualquier bibliografía periodística del siglo XIX revela tanto el inmenso número de sus publicaciones a lo largo del siglo como su corta vigencia. Muchas tuvieron carácter polémico, dedicadas a mostrar los colores del partido que las creó o a defender los intereses del candidato de turno. Buenos tiempos aquellos para Villergas, quien echó por el camino de la demagogia para llegar antes a la popularidad, ridiculizó a los gobernantes y quedó así como defensor del pueblo, denunciador de escándalos y látigo de tiranos.

Como crítico tuvo capacidad rara para ver a sus contemporáneos dentro del amplio cuadro de la literatura, sin limitarles dentro de su época. Lástima grande que esa interesante labor quedase empañada por inconsistencias, manías y bajezas. Por vehemencia no retrocedió ante el recurso —de muy dudoso gusto— de las ofensas personales, que tan malas consecuencias le había de traer a lo largo de su carrera. Recordemos cuánta palabrería y cuánto incienso derrochan los críticos en las revistas de 1830 a 1850, por ejemplo, ya prometiendo otro Renacimiento ante un oscuro tomito de poesías, ya parangonando a cualquier amigo con las grandes figuras de la Antigüedad. Villergas poseyó una cualidad rara en su tiempo: la del sentido común. Para él, aparte de Quintana, Larra fue el único maestro de la crítica, la cual “murió en España con el ilustre Fi-

garo".<sup>5</sup> Advierte que el Romanticismo no fue "un simple juego de formas ni el abuso de los efectos dramáticos". Y añade: "En el fondo algo más que una revolución literaria, era casi una revolución social" (p. 1856). Por desgracia, ese gran movimiento fue "mal entendido, mal interpretado" por la mayoría de los escritores españoles, quienes tan sólo adoptaron lo superficial y exagerado de la nueva escuela; aun incluyendo a hombres de gustos todavía neoclásicos, Villergas no hallaba dignos de mención más que a Quintana, Gallego, Arriaza, Larra, Bretón y García Gutiérrez. Deslindó la inspiración de las vanas palabras, señaló a los imitadores e hizo observar que, en el caso de literatos vivos y en plena producción, era más cauto esperar el veredicto del tiempo.

Cuando enjuicia la obra de un autor, atiende primero a la calidad de los argumentos, para concentrarse después en un análisis cuidadoso de la forma, sacando a la luz del ridículo anacronismos, ripios, malas construcciones sintácticas e impropiedades del idioma. Tanto rigor crítico peca a menudo de cicatero rigorismo de dómine y, atento a la propiedad de una frase, Villergas deja pasar hermosos versos o, preocupado por la veracidad histórica, no hace concesiones al libre ejercicio de la fantasía.

Si no simpatiza con el autor que estudia, cosa harto frecuente, entonces Villergas adopta un tono personal, olvida la medida, extrema el sarcasmo y comete injusticias graves. No soporta la prosperidad ajena, y su malhumor queda patente ante la "buena suerte" de Mesonero Romanos, el efímero renombre de Rodríguez Rubí, el éxito de Martínez de la Rosa o la fama de Zorrilla, según él, inmerecida. Aseguraba Villergas que tal proceder residía en su amor a la verdad, condición propia del castellano viejo, que no se aviene a compromisos. Puede que, envanecido por la popularidad, llegara a considerarse sucesor de su admirado Larra y aun del mismo Quevedo, con quien se le comparó más de una vez; quizá por su escasa fortuna en otros géneros

<sup>5</sup> JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS, *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*, París, 1854, pp. 1-2. Este libro recoge los artículos publicados en *El Correo de Ultramar*, de París.

literarios, Villergas hizo una especie de sacerdocio de su principal actividad: "Todos los pueblos prefieren la sátira a todos los demás géneros de literatura, no sólo porque les divierte, sino porque ven en ella un freno contra las demasías de los poderosos, y un remedio a la corrupción de costumbres".<sup>6</sup>

En fin, moralizó en tiempos de inmoralidad, fue patriota cuando éstos claudicaban ante una prebenda, y ejerció crítica literaria inexorable en un período en que no era difícil ver a Espronceda puesto a la altura de Shakespeare y a Zorrilla comparado con Homero. El encono con que ejerció estas funciones, su manía persecutoria por algunos —como Gil y Zárate— que no le habían hecho nada, y el rencor para los enemigos, hacen de él uno de los personajes más atrabiliarios y temidos de nuestra historia literaria. Satirizó a los poderosos: a la Reina Regente, a Espartero, Narváez, Prim, O'Donnell; a los monárquicos, a los moderados, a los republicanos; a grandes escritores, como Domingo Faustino Sarmiento o como Zorrilla; a los de medio pelo; a los poetas chirles de España y América. No respetó ni a los difuntos, y todavía hablaba mal de Espronceda veinte años después de que el autor del *Canto a Teresa* había dejado este mundo.

\* \* \*

Precisamente la causa de su primer viaje a América fue un serio descalabro causado por una sátira. Esparterista ferviente a pesar de haberse metido con don Baldomero en sus tiempos de Regente, comenzó Villergas a publicar en 1851 un *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, donde atacaba ferozmente al último. Este logró procesar al poeta, quien pasó siete meses en el Saladero, la cárcel de Madrid, y al fin hubo de retractarse, quedando entonces malparada su reputación de censor patriótico y de satírico. Decidió entonces don Juan poner tierra por medio y se trasladó a París, donde pronto le hallamos en la

<sup>6</sup> *Juicio crítico*, p. 238.

redacción de *El Eco de ambos mundos* (1852) y dirigiendo luego *El Correo de Ultramar* (1853), del que fue fundador <sup>7</sup>

Cuando Espartero volvió al poder (1854), le nombró cónsul en Newcastle, y luego O'Donnell lo ascendió a cónsul general en Haití. Pero cambiaron las tornas, entró de nuevo Narváez y, a su llegada a Port-au-Prince, el flamante diplomático se encontró destituido aun antes de tomar posesión. Villergas resolvió tan angustiosa situación marchando a Cuba, donde pronto dio a luz el semanario festivo *La Charanga* (16 de agosto de 1857), primera publicación americana del satírico.

Al cabo de un año, ciertas dificultades con la censura le hicieron pasar con la familia a México, aunque la paz duró poco allí también: el 1º de octubre de 1858 apareció el primer número —y el último— del periódico *Don Junípero*, donde se criticaba un discurso del doctor mexicano José María Díez de Sollano. El gobierno del general Zuloaga dio al articulista un plazo de tres días para salir del país, pero el *gachupín* abandonó la capital y recorrió la República, hasta que la subida al poder de Miramón cambió la situación política.

Pasó de nuevo a La Habana, donde apareció su novela *La vida en el chaleco*, con experiencias mexicanas.<sup>8</sup> En esta ciudad comenzó a publicar *El Moro Muza* (de octubre del 59 a mayo del 61) que, con intermitencias, habría de gozar

<sup>7</sup> NARCISO ALONSO CORTÉS, *Juan Martínez Villergas. Bosquejo biográfico-crítico*, Valladolid, Vda. de Montero, S. A., pp. 67-77. Este libro, la mejor biografía de Villergas hasta la fecha, tiene muy en cuenta la obra de Juan Ortega y Rubio, *Vallisoletanos ilustres*: "Juan Martínez Villergas", pp. 60-77, Valladolid, Luis N. de Gaviria, 1893; y los artículos de Vicente Barrantes, "Villergas y su tiempo", *La España Moderna*, LXVI, junio 1894, pp. 53-69, y "Las obras de Villergas", *ibid.*, LXVII, julio 1894, pp. 5-38. La obra de Alonso Cortés constituye nuestra fuente biográfica principal, que completamos con noticias referentes a sus relaciones con Palma, J. M. Gutiérrez y Sarmiento.

<sup>8</sup> *La vida en el chaleco. Novela original de costumbres no menos originales, escrita y dedicada a los habitantes de la isla de Cuba*, Habana, 1859. Al final va incluido el *Viaje de Moctezuma*, relato de 42 páginas.

larga vida. En sus páginas se ocupó de criticar a los poetas locales, y comenzó a intervenir cautamente en la vida habanera.

Tras una breve estancia en España y en Francia, regresó Villergas a La Habana, donde volvió a sacar *El Moro Muza* (5 de octubre de 1862 a 31 de julio de 1864). Los largos años que siguen habrán de ser una peregrinación constante para el satírico, a quien afectaron de modo especial los avatares de la política española y el retorno al poder de Narváez en dos ocasiones: el itinerario esta vez va de España a Inglaterra, a Francia, y a España de nuevo; al otro lado del océano, Nueva York, donde reside unos meses, y, finalmente, Cuba.

Da principio así la tercera época del *Moro Muza* (3 de noviembre de 1867 a 25 de octubre de 1868). Como Villergas seguía muy de cerca la política de la Península, al triunfar la revolución de septiembre, dejó la revista en buenas manos y se embarcó. En Madrid volvió a sacar *Jeremías*, se lanzó a diputado por Zamora representando a los republicanos, fue derrotado y regresó a La Habana.<sup>9</sup>

Otra etapa del *Moro Muza*: octubre de 1869 a octubre de 1871. La publicación toma ahora un sesgo nuevo, porque Villergas, sintiéndose español antes que miembro de ningún partido, combatió desde sus páginas a quienes defendían la independencia cubana y, entre ellos, a los republicanos, los cuales más tarde le echaron en cara esta actitud. La creciente divergencia de miras aumentó la tensión política, y Villergas mantuvo frecuentes polémicas con reformistas de la Península y de la Isla en defensa de los Voluntarios de Cuba, cuerpo al que perteneció él mismo.

Decidido a quedarse para siempre en España, marchó a Zamora en 1871. De nuevo entró allí en la vida política y salió diputado republicano por Alcañices. Su victoria electoral le hizo rehusar el puesto de Ministro Plenipotenciario en Río de Janeiro (1873), pero, disueltas las Cortes por el

<sup>9</sup> En el semanario republicano de Zamora *El brazo de Viriato*, publicado a partir del 11 de febrero de 1886, he visto un interesante trabajo de Villergas, al parecer no conocido, sobre el origen y evolución del partido republicano, en veintidós artículos.

general Pavía (3 de enero de 1874), decidió marchar a México con la misma categoría diplomática. Sus disensiones con el gobierno le hicieron dimitir antes de emprender viaje. La intransigencia y el orgullo, unidos a un carácter difícil, no iban nunca a resolver sus problemas.

Otra vez tenemos a Villergas en Cuba, y en las calles la quinta serie del ya longevo *Moro Muza* (6 de septiembre de 1874) cuya existencia no iba a llegar al año, esta vez por falta de lectores. Su editor decidió entonces buscar fortuna en otras tierras, y marchó a Buenos Aires. No era allí desconocido ni mucho menos, pues los argentinos le recordaban como autor de un furibundo ataque contra Domingo Faustino Sarmiento. El asunto tenía su historia: en 1849 vieron la luz en Chile los *Viajes a España, África y América*, donde el autor de *Facundo* atacaba, como se sabe, a la madre patria: actitud explicable, frecuente entre quienes forjaban las nuevas repúblicas.

En sus curiosas *Memorias* cuenta el editor y librero español Benito Hortelano que, en cierta ocasión, prestó un ejemplar de los *Viajes* a los oficiales de la corbeta de guerra española *Luisa Fernanda*, surta en el puerto de Buenos Aires. Decidieron éstos no dejar sin castigo los insultos y, a instancias de todos, escribió Hortelano a su antiguo amigo Villergas, quien a la sazón se encontraba en París (1853); le incluía un ejemplar de los *Viajes*, y le pedía contestación. "A los cuatro meses recibí 500 ejemplares de refutación, con el título de *El Sarmenticidio o A mal sarmiento, buena podadera*".<sup>10</sup> Este libelo apareció en París, impreso por la Agencia General de la Librería Española y Extranjera, en 1853, y Ernesto Morales reprodujo el texto íntegro, que ocupa 85 páginas. Martínez Villergas distribuye su ataque en un prólogo y tres capítulos, y termina con un intencionado soneto. En el prólogo, y entre bromas

<sup>10</sup> BENITO HORTELANO, *Memorias*, Madrid, 1936, pp. 239-241; Hortelano conocía a Villergas desde antes de 1846, pues ambos concurrían en Madrid a la misma tertulia, junto con Miguel Agustín Príncipe, los Asquerinos, Ribot, etc. (p. 104). Palau da las siguientes ediciones del *Sarmenticidio*: París, 1853; Madrid, 1858; s. l., 1892; París, s. a.; *ibid.*, 1853-1854.

y veras ("En el mundo no hay cosa más bizarra / que *un sarmiento subiéndose a la parrá*"), declara su intención de refutar a Sarmiento quien, al decir de Villergas, atacó a España "no tanto por antipatía como por espíritu de servil imitación" de los viajeros franceses, desatinados siempre.

La crítica del archihispano Villergas va tanto contra el autor de los *Viajes* como contra Francia. En el primer capítulo, Sarmiento es culpable de galicismos y giros franceses; los varapalos restantes van contra el neoclasicismo y el especial sentimiento republicano del pueblo galo. A Sarmiento le gustó mucho Francia y ensalzó siempre la proverbial cortesía de sus habitantes; Villergas, a la sazón en París, echaba pestes de esta ciudad, donde cada favor costaba la correspondiente propina. En otro sentido, ponía en duda que el gran argentino hubiese conocido a ciertos personajes y que hubiese mantenido con ellos las entrevistas a las que se refería.<sup>11</sup> Lo más importante del folleto queda para el capítulo final, donde el castellano ataca punto por punto lo escrito por Sarmiento acerca de las artes y las letras en España, y sobre el sistema de comunicaciones en la península. Punto seguido dedica un romance a la visita nocturna de Sarmiento a Burgos, al que pertenecen estos versos:

Alzóse luego Sarmiento  
sobre la muralla tosca  
para ver aquellos campos  
tan célebres en la historia.

Y aunque nada vio, temblaba  
creyendo oír, ¡oh, congojal  
de las musulmanas huestes  
los atambores y trompas.

Pero nada vio en resumen,  
por ser la noche tan lóbrega,  
bien que probó sin ver nada  
emociones espantosas.

<sup>11</sup> *Sarmenticidio*, p. 192, cap. II, y p. 253.

Terminaba Villergas insistiendo en la inquebrantable solidaridad entre las gentes de habla española a ambos lados del océano y reconocía, un tanto a regañadientes, la calidad intelectual y magisterio de Sarmiento, de quien se despedía al fin tras dispararle un soneto avieso.

El opúsculo tuvo gran éxito y circuló tan profusamente, que todavía se reimprimía al cabo de medio siglo, pero el argentino no se dio por enterado. Al cabo había gran distancia entre ambos. Ni qué decir tiene que, a poco de llegar a Buenos Aires, sacó Villergas allí el semanario *Antón Perulero* (22 de diciembre de 1875). Sarmiento era entonces senador y gran figura nacional. Parece que el antiguo presidente no guardó mucho rencor a su enemigo de veintidós años atrás, y que incluso gustaba de sus gracias en *Antón Perulero*. No obstante, entre sus escritos hay referencias poco favorables al satírico: en una ocasión le coloca entre los partidarios del tirano Rosas; en otra, cuando afirma que el castellano es tan propio de españoles como de americanos, cita como ejemplos ultramarinos a don Andrés Bello y, con mucha sorna, a Martínez Villergas, quien "recibió según es fama sus primeras lecciones de gramática en La Habana".<sup>12</sup>

El recién llegado parecía dispuesto esta vez a no meterse en política pero, como era de esperar, pronto surgió una formidable polémica entre él y un hombre famoso: Juan María Gutiérrez. A propuesta de don Eugenio Hartzenbusch y de don Fermín de la Puente y Apezchea, la Academia Española nombró miembro correspondiente al hombre de letras argentino. Aunque el nombramiento fue hecho en 1873, no llegó a manos del interesado hasta fines del 75, época en que Villergas vivía en Buenos Aires. El doctor Gutiérrez no aceptó la distinción que se le confería, cosa mal vista por muchos y entendida por muy pocos. Para Enrique Morales esta actitud se debe al hecho de que Gutiérrez, sexagenario, había vivido en el mundo de la Independencia, anticuado ya para sus contemporáneos, quienes se habían reconciliado con España. Gutiérrez no era anti-

<sup>12</sup> "Para recordar *Ambas Américas*" (inédito), en *Obras completas*, XXIX, *Ambas Américas*, Buenos Aires, 1899, p. 340; y "Una crítica española", inédita, *ibid.*, p. 319.

español, pero sí anticolonial y pensaba que llegar a académico significaba aceptar la tutela de una institución monárquica y extranjera que pretendía coartar la libertad lingüística de los americanos. En el Nuevo Mundo se vivía en circunstancias cosmopolitas, y las numerosas influencias exteriores traían consigo neologismos cuya función era enriquecer el idioma, y no corromperlo ni modificar su estructura. “¿Qué interés —escribe Gutiérrez a Fernández Guerra al devolverle el diploma de Correspondiente— verdaderamente serio podemos tener los americanos en fijar, en inmovilizar, al agente de nuestras ideas, al cooperador en nuestro discurso y raciocinio?”

No tardó Villergas en comenzar una campaña contra Gutiérrez desde *Antón Perulero*, a la que contestó éste en las páginas de *La Libertad*.<sup>13</sup> Aunque el tema de la discordia giraba en torno al lenguaje y a la salvaguardia del honor nacional respectivo, ambos descendieron al terreno personal, para atacar tanto la obra como las opiniones del adversario. Las cartas cruzadas muestran el ingenio de ambos rivales y huelga decir que ninguno de los dos se dio por vencido. Con todo, parece que el castellano llevó la peor parte.

En política, Gutiérrez acusó a Villergas de mal republicano por no solidarizarse con los partidarios de la independencia cubana y por apoyar “la política goda y sanguinaria de los Capitanes Generales de la desventurada Isla de Cuba”.<sup>14</sup> Dentro del campo literario, el argentino pretendía mostrar que los americanos trasplantados a España

<sup>13</sup> ERNESTO MORALES, *Cartas de un porteño*, Buenos Aires, 1942, p. 10. Aquí recoge los artículos de ambos escritores y reproduce el *Sarmenticidio*. Los datos referentes a Villergas pecan, en ocasiones, de inexactos. Véase también la documentada obra de Paul Verdeoye, *Sarmiento. Educateur et publiciste*, París, 1964; aunque en el texto no haya referencias a los ataques de Villergas, en la bibliografía sí se cita el *Sarmenticidio*, pp. 436-440 y 536. Verdeoye señala cinco artículos de costumbres publicados en Chile, 1850, por el satírico español (Annexe II, p. 490). La producción periodística del satírico es abundantísima y muy difícil será ofrecer de ella algún día una bibliografía completa.

<sup>14</sup> MORALES, *Cartas*, p. 34.

(Alarcón, Olavide, la Avellaneda, Ventura de la Vega, Baralt) habían equivocado el camino; en cambio Heredia, "independiente y altanero", y el peruano Pardo y Aliaga habían llegado a ser estrellas de primera magnitud en el Nuevo Mundo.<sup>15</sup>

No se crea por esto que Gutiérrez tuviese inquina a las letras peninsulares; todo lo contrario. Limitándonos a los modernos, alaba el magisterio de Lista y los trabajos de Eugenio de Ochoa. Conoció a Joaquín de Mora, "este sabio español que tenía chispa para dar y prestar, pero que sabía hacerla lucir oportunamente y con aticismo", y cuya influencia en Argentina fue tanta, que "puede decirse que fundó una escuela durante el corto tiempo que permaneció entre nosotros".<sup>16</sup> Obviamente Gutiérrez contrapone así al enredador Villergas con Mora, quien "se guardó de zaherir a nadie, de corregir irritando; de hacer reír y de representar el papel de payaso por razones de conveniencia pecuniaria".<sup>17</sup> También aplaude el maestro argentino la tarea erudita de don Aureliano Fernández Guerra y la obra poética de Espronceda y de Zorrilla.

Al referirse al *Juicio crítico* de Villergas, no deja Gutiérrez de mostrarse parcial, al no ver los aciertos que hay en estas semblanzas. Pero al parecer da en el clavo cuando acusa a su autor de envidioso y mezquino, sobre todo con respecto al difunto Espronceda y a Zorrilla. Villergas, "palabra por palabra, sílaba por sílaba, como pudiera hacerlo

<sup>15</sup> MORALES, *Cartas*, p. 67.

<sup>16</sup> Cf. p. 36. El juicio de Gutiérrez resulta interesante porque Mora no ha sido muy recordado en la historia de la literatura argentina: sólo vivió diez meses en ese país (Luis Monguió, "Don José Joaquín de Mora en Buenos Aires en 1827", *Revista Hispánica Moderna*, XXX, 1965, pp. 303-328). Claro que después, en otras tierras, Mora continuó tratando con argentinos. Para la vida del famoso liberal español, particularmente en Chile, continúa en vigencia Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos* (Santiago de Chile, 1888). No hace mucho ha aparecido el erudito estudio de Luis Monguió, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*, Madrid, 1967.

<sup>17</sup> MORALES, *Cartas*, p. 36.

el Dómine Zancas Largas consultado sobre el borrador de una carta de pésame, husmea y condena".<sup>18</sup>

A toda esta retahíla contestó el experimentado editor de *Antón Perulero* con habilidad, defendiendo su posición y atacando tanto la obra literaria de Gutiérrez como sus teorías. Las cartas merecen leerse juntas, y echan luz sobre la posición del ilustre argentino. Las de Gutiérrez, dado el asunto de la polémica, ejercieron influencia grande en el futuro de las letras patrias, y aun en la creación de la Academia Argentina de Letras por el poeta Rafael Obligado.

El país sufrió entonces graves sacudidas económicas, y la moneda se devaluó, lo cual afectó tremendamente al pobretón Villergas, al punto de verse en trance de emigrar, sesentón y con toda una familia, en busca de tierras más afortunadas. Sabemos que cruzó el Plata y que, desde Montevideo y por la penosa vía del Estrecho de Magallanes, costeano luego Chile, llegó al fin al Perú, enfermo y, a no dudarlo, muy desalentado. Unos ricos comerciantes españoles, los hermanos Serdio, acabaron por facilitarle la estadía en Huacho, humilde puertecillo al norte de Lima, relativamente cerca de la capital. El antiguo parlamentario, diplomático, autor de muchos libros, había dado con sus huesos en un remoto lugarejo, carente de vida cultural, donde hubo de convertirse en maestro de matemáticas, sin duda elementales, para sobrevivir.<sup>19</sup>

Por aquellos tiempos, probablemente desde su llegada, debió verse con Ricardo Palma. La amistad con el tradicionalista fue sorprendentemente firme y duradera. "En 1864 —escribe don Ricardo— tuve por compañero de viaje, de Saint Thomas a Londres, al festivo Villergas, intimándose más nuestra amistad doce años después, cuando residió por unos meses en Lima". Al viajar oficialmente a España en 1892, cuando el centenario colombino, cuenta Palma que cambió con su amigo "varias cartas, no habiéndome sido posible cumplir la promesa que, en una de ellas le hice, de

<sup>18</sup> MORALES, *Cartas*, p. 141.

<sup>19</sup> *Ibid.*; corregimos la forma equivocada del apellido *Serdio*, el cual aún subsiste en Lima.

ir a visitarle a Zamora. Ha muerto en mayo de 1894".<sup>20</sup>

Las noticias de esta relación, tan cordial durante treinta años, son significativas y en parte pueden reconstruirse. Palma se casó en 1876, en Lima, y con tal motivo envió un gracioso parte de matrimonio, en el cual figuraban composiciones de ocasión, firmadas por autores amigos. "Contiene este cuadernito poesías de Simón Camacho Bolívar, Ricardo Bustamante, Juan Martínez Villergas y Carlos Augusto Salaverryd y uno que firma con el seudónimo de *Rafael*"; el texto de Villergas está fechado "en Buenos Aires en 20 de mayo",<sup>21</sup> al parecer a punto de zarpar.

Aunque en mayo anduviese aún en la Argentina, consta que en 1876 ya había llegado a Lima. Allí se encontraba un compatriota suyo, Eloy Perillán Buxó, otro crítico mordaz y trotamundos infatigable.<sup>22</sup> Con el *Murciélagu* Manuel Atanasio Fuentes, figura muy importante del siglo XIX peruano, Palma, Acisclo Villarán y otros tres, Buxó participaba activamente en *La Broma*, periódico satírico de grande éxito. Según Alonso Cortés, invitaron a colaborar como director al asendereado inmigrante, quien no aceptó.<sup>23</sup> Grandes debían ser sus pesadumbres.

Poco duró en tierras peruanas; apenas cosa de dos años. Por curiosa paradoja, justamente cuando no lo embrollaban riñas ni discordias, al menos que se conozcan, su re-

<sup>20</sup> Cf. PALMA, *Recuerdos*, p. 145, nota 1.

<sup>21</sup> Cf. GUILLERMO FELIÚ CRUZ, *En torno a Ricardo Palma*, II, Santiago de Chile, 1933, pp. 78-80.

<sup>22</sup> Eloy Perillán Buxó nació en Valladolid, el 25 de junio de 1848. Permaneció varios años en Hispanoamérica: en Montevideo estableció una cátedra de Literatura (1874). Colaboró en *El Correo Español* de Lima, *La Unión Constitucional* de La Habana, y en *La Ilustración Española y Americana* de Madrid. En esta ciudad fundó otro periódico llamado también *La Broma*. Murió en La Habana el 1º de marzo de 1889. Cf. NARCISO ALONSO CORTÉS, *Antología de poetas vallisoletanos modernos*, Valladolid, 1914, pp. 139-149; y MANUEL OSORIO Y BERNARD, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1903, p. 346.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 119. La noticia se da sin mayores comentarios, ni siquiera para detenerse en figuras como las de Palma o Manuel Atanasio Fuentes. Quizás se tratara de una dirección honorífica, pues *La Broma* no parece haber necesitado a Villergas.

sidencia no pudo prolongarse. Ni escritores amigos ni la protección de los Serdio pudieron mucho. Por entonces ya no era Palma el mozo promisorio con quien viajó a Londres, sino un autor cada vez más famoso. Sin duda porque las relaciones entre ambos fueron casi siempre epistolares, y corto el trato personal, las huellas que hoy subsisten son invariablemente afectuosas, en poemas, cartas, alusiones.<sup>24</sup> La chispa del vejete cascarrabias iba con el gusto de la época y, sin que de ello quepa la más mínima duda, agradaba muchísimo al regocijado autor de las *Tradiciones peruanas*.

Por entonces corrió el rumor de que Villergas se había vuelto loco: noticia dada por cierto periódico bonaerense, la cual cruzó los mares y se difundió en publicaciones españolas. Algo serio ocurría: valiéndose de *El Globo* madrileño, Villergas hizo saber que, si bien no había perdido el seso, su situación en el Perú le resultaba materialmente desesperada. La respuesta no tardó, y al instante se organizaron suscripciones en la Península, en Lima, Montevideo, Chile y Cuba. En Buenos Aires se le ofreció incluso un beneficio en el Teatro Colón (17 de febrero de 1878), y la imprenta del *Correo Bonaerense* publicó una *Corona poética*, con las firmas de Pastor S. Obligado, Casimiro Prieto, Gervasio Méndez y Eduardo Bustillo.<sup>25</sup> Esto le permitió repatriarse, zarpando del Callao a mediados de ese mismo año.<sup>26</sup> Y como era previsible, por poco tiempo: la necesidad volvió a empujarle hacia La Habana, en donde volvió a editar *Don Circunstancias* (15 de enero de 1879 a 25 de diciembre de 1881). Allí aparecieron entonces unos artículos de Villergas en alabanza de Menéndez Pelayo.<sup>27</sup> No todo eran dardos en él, como tanto se dijo.

<sup>24</sup> Cf. FELIÚ CRUZ, pp. 172-173; RICARDO PALMA, *Epistolario*, II, Lima, 1949, pp. 251-252. Sobre éstas y otras muchas noticias preparamos un trabajo, en colaboración con el profesor José Durand, "Villergas y Ricardo Palma".

<sup>25</sup> MORALES, *Cartas*, p. xix.

<sup>26</sup> Según los diarios limeños *El Comercio* y *La Opinión Nacional*, Villergas fue cariñosamente despedido en mayo de 1878. Agradezco esta noticia al profesor Luis Monguió.

<sup>27</sup> ALONSO CORTÉS, *loc. cit.*

En este viaje ocurrió algo inaudito: Villergas, a quien el Doctor Thebussem llamó "el de la sátira agresiva, personal y venenosa", se ve atacado sin piedad por otro satírico, aficionado pero todavía más cáustico que él. Se trataba de un español, oficial de la Armada, cuyo entretenimiento fue amargarle la vida a Villergas con versitos de éste o parecido jaez:

Si sus disparatones le señalo,  
 como el santo varón no tiene abuela,  
 leyendo sus escritos se consuela  
 y ni cuenta se da del varapalo.  
 Yo demasiado sé que no le igualo...  
 Ni lo pretendo; él es maestro Ciruela,  
 que no sabía leer y puso escuela;  
 un escritor vulgar, pesado y malo.  
 Para frescas soltar se pinta solo,  
 y enfilará la eterna retahila  
 tonto *in utroque*, sandio, necio, bolo...  
 Estilo que hace tiempo no se estila.  
 Piensa de buena fe ser un Apolo  
 y no pasa de ser un pobre lila.<sup>28</sup>

Villergas le escribió pidiendo una explicación en tono firme, pero ya un tanto patético. *Don Circunstancias* combatió a los partidarios de la autonomía cubana, y esta contienda con el marino español tuvo origen en una aparente diferencia de opiniones respecto al futuro de la Isla.

De nuevo regresa el inquieto Villergas a su patria, aunque no para allí mucho. En septiembre del 83 ya ha vuelto a La Habana y a dirigir *Don Circunstancias* (7 de octubre de 1883 a 28 de diciembre de 1884), desde donde prosigue la lucha defendiendo los intereses de la Unión Constitucional, su partido político. Tras otra estancia en la patria de casi tres años, en 1887 hace una última visita a Cuba, donde las cosas han cambiado mucho. Por un lado, la Unión Constitucional se halla profundamente dividida;

<sup>28</sup> Las "Cartas de Villergas (1894)", pintoresca escaramuza literaria del Doctor Thebussem, se halla en la *Tercera ración de artículos*, Madrid, 1898, pp. 90-103.

por otro, ha comenzado a aparecer el *Diario de la Marina*, órgano de la disidencia. Para hacerle frente, el partido nacional encarga a Villergas la dirección de un gran periódico que le represente; así nace *La Unión Constitucional*. El partido ganó las elecciones de ayuntamientos, y el viejo batallador regresó a su patria, ya para siempre, en julio de 1889.

Poco después, en mayo de 1894, murió Villergas en su retiro de Zamora, en la vieja calle de San Andrés. Contaba 78 años. Unos versos de Salvador M. Granés podrían servirle como despiadado pero oportuno epitafio literario:

Cuando a su seno el Criador le llame,  
podrá decir Villergas con razón:  
Si es verdad que hablé mal de todo el mundo,  
todo el mundo, Señor,  
como chupa de dómine me puso.  
¡Bien merezco perdón!<sup>29</sup>

En su trabajada existencia, hizo Villergas nueve viajes a Cuba entre 1857 y 1889, y en estos treinta y tres años vivió catorce largos en la isla. Visitó Haití, México, los Estados Unidos, la Argentina, el Uruguay, Chile y el Perú. En varios de estos países colaboró en periódicos y aun los fundó: se metió en política, hizo profesión de españolismo, estableció una reputación literaria y, en fin, creó un círculo de enemigos casi tan extenso como el de sus admiradores. Quedan de él los ataques a Sarmiento, cuya grandeza regatea; y a Gutiérrez, cuyo mérito indiscutible no parece medir. En la Cuba española de entonces fueron constantes sus burlas contra los *sinsones*, nombre que daba a los poetas chirles de la isla. Su pluma biliosa no atacó a demasiados hispanoamericanos, pero tampoco se dio por entendida de los méritos de algunos de ellos. Ni siquiera tratándose de un amigo tan ilustre como Ricardo Palma. Cuando éste, Fuentes y Villarán le ofrecían a Villergas la dirección de *La Broma*, se mostraron claramente generosos con un autor estimable pero menor, venido de la antigua

<sup>29</sup> *Calabazas y Cabezas*, Madrid, 1880, p. 202.

Metrópoli. Villergas, al parecer, nunca creyó demasiado en los talentos literarios ultramarinos. Sin duda participaba del sentimiento general de sus compatriotas, como lo prueba el éxito editorial del *Sarmenticidio*. Y es curioso advertir que, al reimprimir en 1913 su biografía de Villergas, Narciso Alonso Cortés no vacile en darle toda la razón, sin mayores contemplaciones ante la figura del escritor, educador y estadista argentino.

El españolismo fogoso de Villergas no le invitaba a comprender a las nuevas repúblicas, ni a aceptar la actitud de los patriotas cubanos. Todo lo cual resulta harto explicable. En contraste con ello, el ánimo hispanófilo de Palma —también gran patriota— y el espíritu abierto de Valera ante los hispanoamericanos, pueden comprenderse según toda la madurez y ánimo conciliador que suponen.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

Ohio State University.

